

Los Tres Tipos de Analfabetismo

Ronald Nash

La restauración de la alfabetización funcional, cultural y moral requiere que expongamos las ideologías y los movimientos que han promulgado disparates relativistas y la bancarrota moral.

La educación en todos los niveles en los Estados Unidos ha alcanzado una etapa crítica. Por supuesto, la situación no surgió ayer; se ha desarrollado durante un período de décadas. Tampoco la crisis es noticia para las personas que han estado poniendo atención a lo que ha estado ocurriendo en el país.

La crisis de la educación se manifiesta en los tres niveles de analfabetismo: el analfabetismo funcional, el analfabetismo cultural y el analfabetismo moral. De manera típica decir que una persona es analfabeta significa que la persona no puede leer ni escribir. Pero la palabra tiene otros sentidos. Algunas veces se usa con respecto a alguien que es ignorante de los fundamentos de un arte particular o de un área del conocimiento. Es este significado más amplio el que está en vista cuando, por ejemplo, decimos que una persona es analfabeta con respecto a la música. La palabra también puede usarse para describir a una persona que se queda corta con respecto a algún estándar esperado de competencia sobre alguna habilidad o cuerpo de información. En este último sentido una persona que se queda corta de nuestro estándar comúnmente esperado de competencia en las matemáticas puede ser descrita como analfabeta, aún cuando él o ella sea bastante competente en las habilidades del lenguaje.

Analfabetismo Funcional

El Departamento de Educación de los Estados Unidos estima que el analfabetismo funcional, la incompetencia en las funciones básicas tales como la lectura, la escritura y las matemáticas, acosa a 24 millones de Americanos. El trece por ciento de los Americanos de diecisiete años de edad son analfabetos de acuerdo a una reciente edición de la revista *Time*; el estimado para la juventud de las minorías en un pasmoso cuarenta por ciento.¹ Cada año, al menos un millón de estos analfabetos funcionales se gradúan de las escuelas de secundaria de América, los orgullosos dueños diplomas sin significado.

Escribiendo en la publicación mensual *Comentario*, Chester E. Finn, Jr., Profesor en la Universidad de Vanderbilt, cita los sombríos descubrimientos de la Evaluación Nacional del Progreso Educativo. “Solo el cinco por ciento de los estudiantes de diecisiete años de nivel de secundaria pueden leer lo suficientemente bien como para entender y usar la información que se encuentra en materiales técnicos, ensayos literarios y documentos históricos.”² Imagine entonces cuán desesperante es hacer que el otro 95 por ciento lea a Platón o a Dante – o la Biblia. “Apenas el seis por ciento de ellos,” continúa Finn, “puede resolver

¹ Véase *Time*, 14 de Agosto de 1989.

² Finn, Chester, “*Una Nación Aún en Riesgo*,” *Comentario* 87 (Mayo 1989) p. 18.

problemas matemáticos de múltiples pasos y usar el álgebra básica.”³ No estamos hablando aquí de las matemáticas difíciles sino más bien de algo tan elemental como calcular el interés simple de un préstamo.

El analfabetismo, así de extenso y profundo, no tiene virtualmente precedente en la historia de América. Hace ochenta años, en 1910, solamente el 2.2 por ciento de los niños Americanos entre las edades de diez y catorce años no podía ni leer ni escribir. Es importante recordar que el analfabetismo de 1910 reflejaba, en su mayor parte, a los niños que nunca habían tenido la ventaja de la enseñanza en una escuela. Los analfabetos de hoy, sin embargo, no son personas que nunca fueron a la escuela; son, en su mayoría, individuos que han pasado de ocho a doce años en las escuelas públicas.

Claramente la incompetencia de esta magnitud no es el resultado de un accidente. Una gran parte de la culpa descansa en la propia clase dirigente educativa, las mismas personas e instituciones a quienes se les ha confiado la tarea de educar a los niños de América.

Hay un cuerpo creciente de evidencia que sugiere que muchos de nuestros maestros de escuelas públicas se hallan ellos mismos lamentablemente sub-educados. En 1983, por ejemplo, a los maestros escolares en Houston, Texas, se les requirió que tomaran un examen de capacidad. Más del 60 por ciento de los maestros fallaron la parte del examen dedicada a la lectura. Cuarenta y seis por ciento fallaron en la sección de matemáticas mientras que el 26 por ciento no pudo pasar el examen de escritura. Como si esto no fuera lo suficientemente malo, 763 de los más de 3,000 maestros que tomaron el examen se copiaron.

La razón principal para esta incompetencia generalizada son los departamentos y universidades de educación a quienes se les ha dado el poder de determinar lo que se les enseñará a los futuros maestros. Los educadores profesionales que manejan estas instituciones han persuadido a sus estados para que dicten que nadie puede llegar a ser un maestro de escuela pública en ese estado sin tomar un desmesurado número de cursos en educación profesional. Este enorme énfasis excesivo en tales cursos no sería tan malo, excepto que la mayoría de los estudiantes de educación toman las clases en lugar de los cursos de contenidos. Mientras puede que aprendan cómo enseñar (una afirmación discutible), teniendo poco o nada que enseñar.

Analfabetismo Cultural

Aún cuando los estudiantes de nuestras escuelas públicas y colegios técnicos se las arreglan para conseguir cierto grado de alfabetización funcional, a menudo sufren de un problema diferente – el analfabetismo cultural. De acuerdo a E. D. Hirsch, Jr., el autor de la obra *Alfabetismo Cultural: Lo que Todo Americano Necesita Saber*, “Ser culturalmente alfabetizado es poseer la información básica que se necesita para prosperar en el mundo moderno.”⁴ Como lo explica William J. Bennett, el ser culturalmente alfabetizado es

Un asunto de edificar un cuerpo de conocimiento que nos capacita para tener sentido de los hechos, nombres y alusiones citadas por un autor... Por ejemplo, alguien que

³ *ibid.*

⁴ Hirsch, E. D., *Alfabetismo Cultural: Lo que Todo Americano Necesita Saber* (Boston: Houghton Mifflin, 1987) p. xiii.

no está seguro de quienes eran Grant y Lee pueden pasar por un tiempo difícil entendiendo un párrafo acerca de la Guerra Civil, no importa qué tan bien lea.⁵

El analfabetismo cultural es el tema de un libro reciente titulado *¿Qué Saben Nuestros Muchachos de Diecisiete Años?* El libro, escrito por Diane Ravitch y Chester E. Finn, Jr., reporta lo que se ha aprendido de la primera evaluación académica de cobertura nacional de los muchachos y muchachas Americanas de diecisiete años. El promedio nacional de respuestas correctas para las preguntas de historia fue de 54.5 por ciento; el promedio para las preguntas de literatura fue aún más bajo, 51.8 por ciento. Los autores señalan que si abordamos estos porcentajes desde la opinión comúnmente aceptada de que el 60 por ciento es la línea entre pasar y fracasar, entonces los estudiantes Americanos están en graves problemas.

Unos pocos ejemplos tomados del libro de Ravitch y Finn pueden ayudar a subrayar cuán mal están realmente las cosas. Por ejemplo, tome la materia de historia. Un pasmoso 31.9 por ciento de los muchachos de diecisiete años no saben que Colón descubrió el Nuevo Mundo antes de 1750. Casi un 75% no pudo colocar la presidencia de Lincoln dentro del lapso de tiempo correcto de veinte años, y un 43% no sabía que la Primera Guerra Mundial ocurrió durante la primera mitad del siglo veinte.

Las cosas no mejoraron cuando los estudiantes evaluados en el libro de Ravitch y Finn fueron probados en geografía. Casi un tercio de ellos no pudo localizar a Francia en un mapa de Europa, mientras que menos de la mitad pudo localizar el estado de Nueva York en un mapa de los Estados Unidos.

El test también examinó la familiaridad de los muchachos y muchachas de diecisiete años con la literatura importante. Los resultados fueron igualmente deprimentes. Casi un 35% no sabían que “Sostenemos que estas verdades son evidentes en sí mismas...” son palabras que forman parte de la Declaración de Independencia, y más del 40% no sabían que la obra *El Cuento de Dos Ciudades* de Dicken describía eventos que ocurrieron durante la Revolución Francesa. Creo que hay algo apropiado y profético acerca del hecho de que el último punto en el test de literatura indica que casi el 87% de los Americanos de diecisiete años ignoran el contenido de *El Progreso del Peregrino* de Juan Bunyan.

Estas no son materias difíciles o triviales de información. Esta abismal ignorancia existe entre la juventud Americana que ha tenido once años de educación en la escuela pública, que están a un año de obtener un diploma de escuela secundaria, y que pronto serán estudiantes universitarios. Sólo para tener en cuenta, debo declarar que les hice las mismas preguntas a muchos estudiantes de las clases de nivel universitario a quienes enseñé y que encontré casi el mismo grado de ignorancia.

¿Se ha hecho algo para identificar las causas de este analfabetismo cultural? Hirsch sabe dónde yace mucho de la culpa. Él escribe,

Las teorías que han dominado la educación Americana en los pasados cincuenta años brotan en última instancia de Jean Jacques Rousseau, quien... enseñó que las

5 Bennett, William, “Alfabetismo Moral y la Formación del Carácter,” *Diálogo de la Facultad*, Número Ocho (Primavera / Verano de 1987), p. 24.

habilidades intelectuales y sociales de un niño se desarrollarían naturalmente sin consideración del contenido específico de la educación. Su concepción neutral del contenido del desarrollo educativo ha dominado triunfante por mucho tiempo en las escuelas Americanas de educación y ha dominado por mucho tiempo el currículo “orientado al desarrollo” y de contenido neutral de nuestras escuelas primarias.⁶

Ravitch y Finn concuerdan con Hirsch que lo que tiene la mayor responsabilidad por el generalizado analfabetismo cultural en América es una forma de abordar la educación que elimina a la cultura del currículo y lo reemplaza con un énfasis sobre las habilidades del aprendizaje. “Hay una tendencia,” escriben, “en la profesión de la educación para creer que *lo que* los niños aprenden no es tan importante comparado con el *cómo* aprenden; creer que las habilidades pueden ser aprendidas sin consideración al contenido; creer que el contenido es, de hecho, irrelevante en tanto que las habilidades apropiadas estén siendo desarrolladas y ejercidas.”⁷ Aunque la adquisición de habilidades tiene un lugar en nuestras escuelas, es solamente una parte del proceso educativo total.

Aunque el antiguo esquema tradicional para con la educación tenía sus faltas, contenía algo que está haciendo falta en el nuevo enfoque del desarrollo. Del antiguo enfoque, como dicen Ravitch y Finn, uno podía aprender “quienes somos como pueblo, cuáles batallas hemos peleado, y qué auto-conocimiento hemos ganado.” En resumen, uno adquiría “un punto de vista que podía ser cuestionado, atacado o sujeto de polémica. Lo que tomó su lugar no fue una tradición literaria reformulada y modernizada que abarcara la rica variedad de nuestra cultura, que nos revelara cómo hemos cambiado durante un período crítico de nuestra historia. La antigua tradición estaba muerta, pero en su lugar se hallaba meramente una literatura al estilo cafetería, incluyendo el equivalente escrito de la comida chatarra.”⁸

Analfabetismo Moral

Aunque es difícil para algunas personas creer que alguien involucrado en la educación vaya a actuar intencionalmente en maneras que induzcan al analfabetismo funcional, es difícil pasar por alto la filosofía educativa que es responsable por el analfabetismo cultural. Pero ningún Americano informado puede posiblemente dudar que ha habido una campaña a fondo para eliminar los valores morales y religiosos de nuestras escuelas. Muchos educadores van a negar la culpabilidad con respecto al analfabetismo funcional; van a afirmar inocencia con respecto al analfabetismo cultural; pero su contribución al analfabetismo moral de sus estudiantes es algo que muchos de ellos actualmente afirman con orgullo.

Los prejuicios contra los valores religiosos y morales nos han dejado con una generación de analfabetos morales. John Silber, presidente de la Universidad de Boston, ha tomado nota de este analfabetismo en su poderoso libro, *Disparo Directo*:

En generaciones pasadas los padres eran más diligentes en traspasar sus principios y valores a sus hijos y eran ayudados por las iglesias y las escuelas que enfatizaban la educación religiosa y moral. En años recientes, en contraste, nuestra sociedad se ha

6 Hirsch, *Alfabetismo*, pp. xiv – xv.

7 Ravitch, Diane y Finn, Chester, *¿Qué Saben Nuestros Muchachos de Diecisiete Años?* (Nueva York: Harper & Row, 1987), p. 17.

8 *ibid.*

convertido en una sociedad más y más secular y el currículo de las escuelas públicas ha sido despojado de casi todo contenido ético. Como resultado las universidades deben confrontar a un cuerpo de estudiantes ignorantes de la evidencia y de los argumentos que subyacen y apoyan muchos de nuestros principios morales y prácticas tradicionales.⁹

Esta pérdida del orden moral está vinculada inseparablemente a la ruina de nuestra tradición intelectual. Según el erudito Judío Will Herberg: “Estamos rodeados por todas partes por los escombros de nuestra gran tradición intelectual. En este tipo de caos espiritual, no es posible ni la libertad ni el orden. En lugar de libertad tenemos el remolino devorador del placer y del poder; en lugar del orden, tenemos la jungla de la vida sin normas y de la auto-indulgencia.”¹⁰

Por lo tanto, la recuperación de la creencia de que existe un orden moral trascendente y universal es una condición necesaria para que América sea liberada de su presente crisis educativa. Pensadores importantes a lo largo de la historia han contendido afirmando que hay un orden superior de cosas permanentes, de que la felicidad humana depende de vivir nuestras vidas en concordancia con este orden trascendente, y que la paz y el orden dentro de la sociedad humana requieren una conducta similar. La tarea más importante de la educación es, entonces, recordarles continuamente a los estudiantes la importancia de este orden trascendente y su contenido.

Russell Kirk señala que incluso algunos estudiantes universitarios sienten que este importante elemento está faltándoles en su educación. “No pocos estudiantes,” escribe, “se quejan de que sus universidades no les ofrecen los primeros principios de moralidad, no les ofrecen dirección ética ni aspiraciones hacia la verdad duradera.”¹¹

Sin embargo, como cualquier actividad humana importante, la educación tiene un componente ineludiblemente religioso. No importa lo que pensemos con respecto a otras cosas que dijo, Paul Tillich estaba en lo correcto cuando definió la religión como un asunto de “interés último.” Obviamente la religión es más que esto, pero no puede ser menos. Toda persona tiene algo que es de su interés en última instancia, y, cualquier cosa que sea, ese objeto de interés último es el Dios de esa persona.

Es absurdo, entonces, pensar que la elección en la educación pública es entre lo sagrado y lo secular. Cualquiera que sea la decisión que el Estado haga solamente establecerá un conjunto de intereses últimos pertenecientes a una persona a expensas de las otras. Una educación que pretenda ser neutral religiosamente es un fraude.

Una de las maneras más perturbadoras en las que el conjunto de interés últimos de un grupo se ha impuesto en la educación pública es el mal llamado movimiento de “clarificación de valores.” Quizás la presuposición más básica del movimiento de la clarificación de valores es que nadie, ni un maestro o un padre, debe pensar que tiene el conjunto correcto de valores

9 Silber, John, *Disparo Directo* (Nueva York: Harper & Row, 1989), p. xiv.

10 Herberg, Will, “El Hombre Moderno en una Zona Metafísica Descampada,” *The Intercollegiate Review*, 5 (Invierno 1968-69), p. 79.

11 Kirk, Russell, *Decadencia y Renovación en la Enseñanza Superior* (South Bend, Ind: Gateway, 1978), p. 192.

para traspasar a los niños.

Como explica Kenneth Gangel, profesor de educación Cristiana en el Seminario Teológico de Dallas:

La clarificación de valores en la educación secular se centra en invitar a los niños y jóvenes impresionables a hacer una elección entre opciones sin ninguna consideración de la verdad absoluta y de los valores absolutos. ¿Es el mentir aceptable? ¿Es permisible el robar? ¿Debe ser aprobado el sexo premarital? Bueno, “depende.” Las situaciones difieren. Si los jóvenes han “clarificado” su propio sistemas de valores y han escogido hacer o no hacer estas cosas, entonces se ha logrado la educación.¹²

En uno de los artículos más útiles escritos acerca del movimiento, la filósofa Christina Hoff Sommers explica que los líderes del movimiento están convencidos “de que la moralidad tradicional de la clase media es, en el mejor de los casos, inútil, y en el peor, nocivo, y tienen confianza en la nueva moralidad que ha de reemplazar a la antigua y en las novedosas técnicas que han de aplicarse para este fin.”¹³

Sommers a menudo se oye como si apenas puede creer lo que está reportando. Como una maestra de filosofía en la universidad que se especializa en la ética, ella aconseja que “La gente joven de hoy, muchos de los cuales se hallan en un completo estupor moral, necesitan que se les muestre que hay una importante distinción entre las decisiones morales y las no morales. La clarificación de valores empaña la distinción.”¹⁴

Gangel advierte que este movimiento puede ser el factor más serio en la crisis educativa de América. Él escribe, “Quizás el problema número uno en la educación pública es el intento de educar a los estudiantes sin un punto de referencia moral. Con un blanco flotante de verdad y la deserción de los absolutos, el sistema entero ha abandonado su base.”¹⁵

Esta eliminación de valores en la educación ha resultado de varios factores. Uno ha sido la apatía, la indiferencia, y la inacción de las personas que debieron haber estado en guardia. Esto incluye a la mayoría de Protestantes, Católicos y Judíos conservadores quienes fallaron al no decir o hacer nada. Como la gente en la parábola de Jesús del trigo y la cizaña, ellos dormían mientras el enemigo salía al campo y sembraba cizaña en sus campos.

Pero la plaga del analfabetismo moral también se debe al mayor compromiso, dedicación e ingenio de las personas que obtuvieron el control de la educación pública. Fue su dedicación con celo y sus argumentos (aparentemente buenos pero sin méritos reales) los que ganaron a suficientes políticos y jueces para sellar su victoria. Esa victoria ha sido una derrota para la educación en esta nación y una pérdida irreparable para los millones de jóvenes que tuvieron la desgracia de asistir a escuelas controladas por su filosofía.

12 Gangel, Kenneth, *Enseñando en las Escuelas a Hacer Elecciones*, H. Wayne House, ed. (Portland: Multnomah, 1988), pp. 126-27.

13 Hoff Sommers, Christina, “Ética sin Virtud: la Educación Moral en América,” *El Erudito Americano* (Verano 1984), p. 381.

14 *ibid.* p. 383.

15 Gangel, *Enseñando en las Escuelas a Hacer Elecciones*, p. 127.

Sin embargo, el abandono de los absolutos, sobre lo cual advirtió antes Ken Gangel, se ha incrementado mucho más allá de la mera enseñanza de la clarificación de valores. Podemos ver el deterioro moral a lo largo y ancho de toda la sociedad como resultado de tal absurdo relativista. Pero otros han advertido elocuentemente sobre las consecuencias de tal decadencia moral.

Encontramos una expresión más creativa de tal interés en los escritos de Matthew Arnold, poeta, ensayista y pensador del siglo diecinueve. Arnold miró la necesidad de reformas en la educación y el peligro de perder los valores morales en el proceso educativo no mucho después que comenzara a hacerse popular el promover relativismo en las escuelas de su tiempo.

Arnold veía a la Biblia como una gran obra de literatura y un medio para impulsar la cultura, aunque él mismo no tenía una fe personal en Cristo. Pero reconoció la importancia de la fe Cristiana como una guía para la sociedad y miraba el debilitamiento de la fe como una pérdida para la sociedad. Creía que la cultura y la educación tendrían que llenar el vacío dejado por la retirada de la fe Bíblica como la fuerza integradora en la sociedad.

En el poema *La Playa de Dover*, Arnold le presenta al lector una pareja que se halla en un dormitorio en los acantilados de Dover. La escena nocturna es vista a través de la ventana del cuarto de la pareja, y el sentimiento es uno de quietud y casi soledad. El hombre llama a la mujer hacia la ventana y, mientras escuchan los sonidos del mar, el humor tranquilo abre paso a los sentimientos de aprensión y melancolía. La fe Cristiana, como el océano, está palideciendo, y el mundo se ha vuelto monótono y desnudo. La humanidad secular se halla expuesta y sola; “libre”, pero irrevocablemente sola.

Finalmente el hombre le pide a su amada que sea fiel y auténtica. Nada en el mundo es seguro ahora que la fe Cristiana está en retirada. La confusión brota sigilosamente; la guerra y el conflicto se esparcen. Todo lo que queda es el amor y las relaciones personales.

Arnold creía que la cultura podía tomar el lugar de la fe Cristiana como la base para la sociedad. Sin embargo, como nos lo muestra claramente su famoso poema, la pérdida de la fe Cristiana en Occidente hizo del mundo un lugar más espantoso, solitario y confuso. La cultura y la educación no son los granos prometedores para el molino de la sociedad, y la poesía de Arnold revela claramente la pérdida que su corazón siente frente a la inadecuada solución que su solución secular ha sugerido.

La Playa de Dover

El mar está en calma esta noche.
La marea está alta, y la luna descansa hermosa
Sobre los estrechos – en la costa Francesa la luz
Resplandece y se ha ido; los acantilados de Inglaterra se yerguen,
Con luz tenue y vastos, allá en la tranquila bahía.
Ven a la ventana, ¡el aire de la noche es dulce!
En quietud, desde la larga línea de espuma
Donde el mar se encuentra con la tierra palidecida por la luna,

¡Escucha! Puedes oír el rugir chirriante
de las piedrecillas que las olas mueven hacia delante y hacia atrás, arrojándolas,
a su regreso allá en el ramal de arriba,
Comienza y cesa, y luego comienza otra vez,
Con trémula cadencia disminuye, y trae
La eterna nota de la tristeza.
Sófocles, hace mucho tiempo
Lo escuchó en el Egeo, y trajo
A su mente el turbo flujo y reflujo
De la miseria humana, nosotros
También encontramos un pensamiento en el sonido,
Escuchándolo cerca de este distante mar del norte.
El Mar de la Fe
También era uno, en su plenitud, y bordeaba las orillas de la tierra,
yacía como los pliegues de una brillante diadema recogida.
Pero ahora solamente escucho
su rugir lleno de melancolía, largo y en retirada,
alejándose, hacia el sereno
de la noche nocturna, hacia los vastos bordes monótonos,
y al aire libre hace guijarros al mundo.
Oh, mi amor, ¡seamos fieles
el uno al otro! Pues el mundo, que parece
que parece yacer ante nosotros como una tierra de sueños,
tan variado, tan bello, tan nuevo,
no tiene realmente ni gozo, ni amor, ni luz,
ni certeza, ni paz, ni alivio para el dolor;
Y estamos aquí como en una llanura sombría
envueltos en alarmas confusas de batallas y fugas,
donde los ejércitos ignorantes se enfrentan por la noche.

Conclusión

Matthew Arnold reconoció la increíble pérdida que crea la secularización en nuestro sistema educativo. No obstante, la pérdida de los valores Cristianos ha seguido marchando a pesar del heraldo poético de Arnold. La restauración del alfabetismo funcional, cultural y moral requiere que identifiquemos y exponamos las ideas, ideologías, personas y movimientos quienes, para usar la frase acertada de Russell Kirk, han servido como los “enemigos de las cosas permanentes” de nuestra generación, aquellos valores que han sido reemplazados con el absurdo relativista, las ideas irracionales y la bancarrota moral que arrojó a Arnold hacia la tristeza eterna. Debemos encontrar maneras para desatar su control destructivo sobre la educación de las futuras generaciones de jóvenes. Y luego debemos actuar en cooperación con otros en nuestra sociedad que quieran ver el fin de la crisis de la educación Americana.

Ronald Nash, Ph.D. (Filosofía; Syracuse) es profesor de filosofía y religión en la Universidad del Oeste de Kentucky. Es el autor o editor de veintiún libros incluyendo El Cristianismo y el Mundo Helénico, Fe y Razón, Pobreza y Riqueza, y, más recientemente, El

Cierre del Corazón Americano (*Probe Books*, 1990). *Ha dada conferencias muy extensamente a lo largo de los Estados Unidos e Inglaterra y también sirve como asesor de la Comisión de Derechos Civiles de los Estados Unidos.*
